

COMPARTIENDO EL EVANGELIO

Reflexiones de monseñor Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial "Compartiendo el Evangelio" (13 de mayo de 2007)

San Juan 14, 23-29

Queridos hermanos, estamos viviendo verdaderos días de gracia en el continente. En estos momentos el Santo Padre está en Brasil inaugurando la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, bajo el lema: *"Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida"*.

Como ustedes saben, el jueves pasado ante más de 60 mil personas que colmaron el Estadio Pacaembú, lanzó a la juventud católica latinoamericana el gran desafío: *ustedes deben ser los apóstoles de los jóvenes, invítenlos a que vengan con vosotros, a que hagan la misma experiencia de fe, de esperanza y de amor; se encuentren con Jesús, para que se sientan realmente amados, acogidos, con plena posibilidad de realizarse. Que también ellos y ellas descubran los caminos seguros de los Mandamientos y por ellos lleguen hasta Dios*", dijo Benedicto XVI.

¡Qué importante es nuestra participación, nuestra oración y reflexión! Como Iglesia en América Latina y el Caribe, como cristianos, católicos, tenemos que ser personas convencidas de nuestra pertenencia a la Iglesia y a la sociedad.

Como decían los obispos, en abril, tenemos que ser concientes y pasar de habitantes a ciudadanos y ser responsables en el tema de las elecciones, ver a quién vamos a votar, no por simpatía ni beneficios particulares. Es importante pensar todas las cosas como cristianos y como personas.

Nos unimos a este acontecimiento eclesial, dando gracias a Dios, rezando por los frutos espirituales del encuentro. Argentina tiene allí nueve obispos que están participando y debemos acompañarlos con nuestra oración y nuestro sacrificio.

El Evangelio de hoy: la promesa del Espíritu Santo

Este texto es muy importante, porque tenemos que amarlo. "Amar" es una palabra tan usada, tan manoseada y tan reducida a cosas hasta grotescas. "Amar" es como sentir, "tengo ganas", "no tengo ganas", "soy auténtico", "soy sincero", "voy a Misa", "no voy a Misa", "soy bueno porque tengo ganas", "soy malo porque tengo ganas" Están muy torcidas las cosas de la comprensión.

El que tiene amor, y amor de Dios, es fiel a la Palabra de Dios y no la somete al capricho o la interpretación de los demás. El que ama es fiel y persevera; pero el que no ama, el que no tiene voluntad de amor, que se reduce a la voluntad de "ganas", se reduce como persona, se achica, se hace mal.

Y el que tiene el amor de voluntad, o la voluntad del amor, es fiel. Y esa fidelidad hay que trabajarla, hay que pedirla, hay que ponerla en obras, en práctica. También implica -positivamente- el sacrificio, ¡hay que sacrificarse!

Hoy en día, que todo se usa y se tira, que todo fue "ayer" y que nada es estable, ¡qué bien nos viene la Palabra de Dios!

¡Hay que perseverar en el amor a Dios!

¡Hay que perseverar en el amor a los hermanos!

Cuando uno ama, se queda hasta el final. Cuando uno no ama, busca cualquier excusa para escaparse y para irse. Esto sirve para cualquiera: en los apostolados, en el sacerdocio, en la vida religiosa, en la vida de consagración, en la vida de un trabajo, que tiene que ser arduo y duro, pero que debe perseverar; como un buen papá que está aunque a veces no tenga ganas, o una buena mamá que cocina aunque esté enferma.

El nos va a enviar el Espíritu Santo que nos va a enseñar todo y nos va a recordar lo que El nos dijo. Nos da la garantía de que el Espíritu Santo nos enseña todo y nos va a recordar lo El nos enseñó a través del Evangelio, a través de los sacramentos, a través de la Eucaristía.

Y nos da la paz. Una paz que no se reduce a la simpatía de los demás. Una paz que no es la misma que da el mundo. El dice "no se inquieten, no teman; me voy pero volveré y estaré siempre con ustedes."

Queridos hermanos, tenemos que ser discípulos, tenemos que ser testigos. Y el discípulo y el testigo, tienen que vivir en el amor. Cuando uno ama es un buen discípulo. Y porque es un buen discípulo es testigo del amor de Dios presente en la Iglesia y en el mundo.

Les dejo mi bendición.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús